

riada, para aliviar la respiracion, y complacer los oidos de los que escuchan, porque no hay cosa mas molesta y enojosa que la monotonia con que algunos principian y concluyen una oracion: 6°. que sea proporcionada al número de oyentes, pues con otro esfuerzo oraba Ciceron en el foro que en el senado: 7°. que sea análoga al asunto y al lugar del razonamiento, pues ni explicando la sosegada industria de las abejas se ha de tomar el mismo tono que pintando una tormenta; ni tampoco en el exordio se debe enardecer el orador como en el epílogo: 8°. que no sea la pronunciacion tan veloz que no dé tiempo para que haga la debida impresion en los oidos y en los animos: 9°. que no sea tan pausada, que cause impaciencia o sueño al auditorio: 10°. que no sea tan arrebatada, que parezca que habla un energúmeno, o un hombre sufocado que riñe en una pendencia. En fin reducirémos toda esta doctrina á solos dos puntos, diciendo: que todas estas calidades arriba señaladas de nada servirian para la conveniente pronunciacion, si esta no va regida y guiada por estas sus dos compañeras inseparables, que las enlazan y comprehenden todas: *naturalidad, y decóro.*

PARTE II.

DE LA ACCION.

La segunda parte en que se divide la eloqüencia exterior es la *accion*, la qual se compone del gesto y del movimiento del cuerpo. El primero, que es la expresion del semblante, se forma de infinitas y rápidas modificaciones de la fisonomia, y es la imagen que representa todos los diversos movimientos del ánimo.

Algunos preceptistas retóricos han sido tan prolixos y menudos en prescribir reglas particulares á este arte, que señalaron hasta el número de las arrugas de la frente y el de las pestañadas y arqueadas de cejas que correspondia al desahogo de cada pasion. Olvidábanse sin duda de que la expresion gesticulante es gracia concedida por la naturaleza, en la qual el arte solo pone la decencia y el comedimiento: quiero decir, que solo es efecto del temperamento, esto es, de una delicada y sensible organizacion que comunica á las partes exteriores mayor movilidad. En este concepto, ¿qué reglas serian poderosas para infundir caracter y expresion á esos hombres frios y duros, incapaces de recibir im-

presion alguna, y para convertir, por medio del gesto, en caras parlantes á esas caras que podríamos llamar de piedra? Excusamos teorías y preceptos: el hombre sensible sabe retratarse en su rostro.

Cada sentido tiene por privilegio de la naturaleza su language particular. No piense la lengua, dice Antonio Perez, que excede á los otros sentidos en eloquencia porque puede formar del ayre palabras significantes; antes pienso que es el mas engañoso y encantado instrumento, pues del ayre obra el engaño. ¿Hay cosa mas engañosa que la lengua? Y si para señal del ánimo dice alguno que son las palabras; mas alto y primoroso language es el que con un movimiento y afecto mudo declara su ánimo y deseo, asi como es mas subido el elemento que con menos estruendo obra. ¿Qué harian los amantes, que por miedo del ruido, ó por falta de tiempo, en un instante han de decir su razon, ó su sin razon? Son tambien los ojos intérpretes del corazon, y menos engañosos que la lengua. Finge la boca muchas veces lo que no hay en el pecho, disimulandose con palabras los pensamientos; y estos salen tan distintos de lo que allá dentro son, que abrazamos por amigos á los traydores. Los ojos confiesan siempre la verdad á pesar de su dueño; y sacandole los colores en el rostro, hacen señas de la traycion.

Si los ojos tienen su particular language, nunca es este mas eficaz que con el llanto, y quien llora, lastíma y enternece. Y si la primera diligencia y maestria del que intenta persuadir, es captar la benevolencia del auditorio; el que llora, mueve á compasion, y la compasion siempre concilia amor.

El que llora por los males ajenos, ablanda y mueve los corazones mas duros y obstinados. Duro y bravo era el de Achíles, como tantas veces se quejaba Agamemnon; y con todo eso fiaba tanto Briseida en sus lágrimas, que, sin decir una palabra, se jactaba que con las suyas lo quebrantaba, lo desmenuzaba, y convertia en polvo. ¿Que bien viene aqui aquello tan comun como verdadero: *Muger llora, y vencerás!*

Hasta fingidas tienen las lágrimas los mismos efectos: tal es el poder de esta patética demostracion. A esta ingeniosa industria recurrió Ulises en aquella famosa oracion contra Ayace en la contienda sobre las armas de Achíles. Aunque pudo fiar mucho de su grande eloquencia, fió mas de adornar su exórdio con lágrimas; y porque no las tenia verdaderas, las fingio, estregandose los ojos con la mano á manera de quien llora.

El dolor moderado saca las lágrimas á los ojos: el grande las ataja, y las yela. Dolor que puede salir por los ojos, no es sumo dolor, pues la alegría excesiva hace el mismo efecto,

no solo en corazones blandos y templados, mas tambien en los duros y bravos, como se vió en el exercito romano, donde fué tanta la alegria quando se presentó Minucio libre ya de la servidumbre que habia padecido, que hizo exprimir lágrimas tiernas á la fiereza de los soldados.

Si mucho dice el llanto, mas dice el silencio en las ocasiones de dolor. Quando la apretura y congoxa del corazon no da lugar á desplegar los labios; grangéase mas la voluntad del oyente con el ademan de querer, y no poder abrirlos: esta deseada y no articulada expresion es tanto mas subida y enfática, quanto mas quiebra hácia dentro, quedando solo el mormullo, digamos asi, del corazon, ahogado entre los dientes. Esta es la mayor significacion de nuestros intimos sentimientos, y la fuerza misteriosa de la eloquencia muda.

Al gesto, que es el sobrescrito de los afectos, debe acompañar el decoroso movimiento del cuerpo, que forma la segunda parte de la accion. Este movimiento es involuntario en el hombre que está agitado intimamente de una pasion; y viene á ser la expresion exterior y mecánica de los afectos, que tampoco está sujeta á preceptos. Asi nos abstendremos de dar reglas para el tiempo y modo de baxar la cabeza, levantarla, y volverla; de doblar el cuerpo, enderezarlo, ó retirarlo; de adelantarse, ó retroceder; de abrir los brazos ó cerrarlos; de

extender ó juntar las manos; de abrir ó cerrar los dedos, &c. porque solo el impulso del ánimo guia la accion, y el tono, que, como proceden simultaneamente de un mismo origen, nunca mienten, ni se contradicen. Si hay reglas para estos movimientos, solo serán para moderarlos, y acomodarlos al lugar, al tiempo, ó la clase de los oyentes, á los usos, costumbres, y estilos; pero, como estas circunstancias locales, morales, y civiles, admiten tantas distinciones, las reducirémos, como se ha dicho ya del gesto, á dos preceptos generales: *naturalidad* y *decóro*.

Uno de los defectos de muchos oradores, por otra parte eloqüentes, nace de aquel empeño de presentar la razon y la verdad demasiado desnudas, como impresas en un libro; sin acordarse que los oyentes no son puras inteligencias, sino hombres á quienes se les ha de vencer por los sentidos para ganarles el ánimo. La razon por sí sola no es arma activa: si muchas veces contiene al hombre, pocas le excita, y jamas le ha hecho obrar cosas grandes.

Asi pues, el que olvida ó desprecia el lenguaje de la accion, que es el que habla á los sentidos é imaginacion del oyente, desconoce el arma victoriosa de la eloqüencia: porque la impresion de la palabra es siempre débil; y se habla al corazon por los ojos, aun mejor que por los oidos. No fuera provida la naturaleza si, habiendo criado en nosotros tantas pasiones, les hubiera

dexado un solo desahogo. ¿ Quien dudará, por exemplo, de la necesidad de la accion de las manos, que se puede llamar el idioma comun del género humano? Con ellas llamamos, suplicamos, negamos, amenazamos, despedimos, afirmamos, concedemos, y detestamos: con ellas manifestamos el gozo, la tristeza, el dolor, el temor, la esperanza: con ellas señalamos, el lugar, la cantidad, el número, el tiempo. Pero tambien; qué templanza no es menester para no excederse en el modo y en su duracion!; Qué discrecion para distinguir lo que debe ser señalado, y lo que no debe serlo! lo que basta que se indique, y lo que se debe dexar adivinar al oyente, con la misma inaccion y con el silencio, si se puede decir, de los miembros! Pero tambien hemos de convenir en que el orador no es un comediante, y mucho menos un mal comediante, para volar con el águila, arrullar con la paloma, galopar con el caballo, culebrear con el arroyo, mecerse con las olas, &c. La accion y la voz deben acomodarse perfectamente al género de eloquencia que abraza cada uno. Por eso se cuenta que, movido de la fama adquirida por Masillon en la declamacion del púlpito, quiso Baron, aquel celebre actor de París, asistir á uno de sus sermones; y volviendose, al salir de la iglesia, á un amigo que le acompañaba, le dice: *este es un orador; nosotros unos comediantes.*

El continuo racionio, la argumentacion es-

tudiada, ha sido siempre una manía de espíritus pequeños; porque los ánimos grandes y elevados usan de otro lenguaje, breve, claro, y energico, con el qual mueven á cosas grandes. Prodigios obraron los antiguos con la eloquencia, es verdad; más ésta no consistia siempre y solamente en la elegancia y cópia del decir; antes nunca produjo mayor efecto que quando el orador hablaba menos. Lo que se siente con vehemencia, no se expresa siempre por palabras: el gesto y la accion alcanzan á donde no pueden alcanzar las voces. ¡ Quántas cosas comienza la lengua que las acaba de expresar el gesto! Qué circunloquio no sería menester muchas veces para significar lo que dice una seña, un movimiento de los ojos, una palmada, un volver de rostro, una lágrima, el silencio mismo!

Quando enmudece la lengua, ó por lo inefable del gozo, ó por la fuerza de la pena, ó del temor; proveyó la naturaleza de señas y voces mudas con tan viva y eloquente consonancia, que suelen mover y satisfacer los corazones y los oidos de los ánimos tiernos y generosos, como lo pudiera hacer toda la perfeccion humana de palabras. Y si no, dígalos la buena dicha de algunos pastores y humildes hombres, á quienes no se la ganó la eloquencia cortesana.

Las señas características de las pasiones en la accion y gesto de un hombre conmovido, tiranizan los sentidos de los oyentes, y así el ora-

dor que soborna la imaginacion, gana luego la voluntad. Esta es la causa porque Cromwell y otros caudillos famosos, sin tener el don de la palabra se hicieron obedecer con tanto entusiasmo de sus secuaces y sus tropas; porque, como en ellos la elocuencia del gesto suplía la de la expresion, tuvieron la apariencia de Demóstenes, y fueron tenidos por tales.

Sobre el caso lastimoso de la muerte de Julio Cesar un orador ordinario, para conmovier á ira y venganza al pueblo romano, hubiera apurado todos los lugares comunes del arte con una patética pintura de aquella catástrofe; pero Marco Antonio, por mas elocuente, dixo pocas palabras: manda traer el cadaver ensangrentado, y clava los ojos en él. ¡ Qué retorica! Este mismo Antonio habia descubierto el pecho de Marco Aquilio, cuya virtud é inocencia defendía, mostrando á los jueces las muchas heridas que en servicio de la patria habia recibido. Habian llamado á juicio á un veterano, el qual rogó á Octavio Augusto se encargase de defenderle. Octavio, ó por ocupado en negocios graves, ó por evadirse de aquella molestia, lo encargó á otro. Enojado el soldado, dixo con gran despecho: *No busqué yo teniente quando en la batalla de Accio estabas en peligro; antes yo mismo me puse en tu defensa, de que estas señales te dan buen testimonio*; y diciendo esto, descubrió el pecho lleno de heridas que habia recibido en su

servicio. Quando Motezuma quiso persuadir á Cortés no le tuviese por un Dios, desnudó parte de su brazo, diciendole: *esta porcion de mi cuerpo desengañará tus ojos de que hablas con un hombre mortal*. El rostro benigno en los príncipes es un dulce imperio sobre los ánimos, y una disimulacion del poderío. La serenidad de Octavio Augusto entorpeció la mano del galo que le quiso despeñar en los Alpes. Las armas se les cayeron de las manos á los conjurados viendo el agradable semblante de Alexandro. No tiene menos poder y eficacia para el terror el semblante fiero, que para el amor el benigno. Vencido Cayo Mario de Syla, estuvo escondido en Minturno, donde fué hallado; y puesto en prision, espantó á un galo que iba á darle la muerte mostrandosele feroz en los ojos y en el rostro; y acogiendo en un barco de pescadores, pasó á Africa, donde se guardó para mejor fortuna. El gran Julio Cesar con una sola mirada ¿no apaciguó dos legiones amotinadas?

No es lugar este para escribir de la accion teatral, pues no se trata de formar un cómico, ni un pantomimo. Mi propósito se reduce á confirmar las doctrinas sembradas en este breve tratado con algunos exemplos, para demostrar quan poderoso es el imperio del gesto en los ánimos tiernos, quan eficaz la fuerza de la accion, y quantas palabras ahorra el que sabe recurrir á esta retorica enfática. En la magnífica escena

de Heraclio (tragedia de Corneille) se introduce al emperador Phocas ignorando qual de los principes que tiene á su lado es su hijo, y permanecen ambos inmóviles y mudos. *Marciano!* (exclama:) *y ninguno me responde!* Este es uno de los pasos escénicos que la elocuencia escrita jamas podrá representar; aqui es donde el gesto triunfa de las palabras. Hay expresiones sublimes en la escena muda que toda la elocuencia vocal no es capaz de producir. Tal es la de Macbeth en la tragedia de Shakspeare. La somnambula Macbeth viene á paso lento y turbado y con los ojos dormidos, imitando la accion de una persona que se lava las manos, todavia teñidas con la sangre de su príncipe que veinte años antes habia asesinado. ¿Qué imagen tan patética y tan viva del remordimiento es el silencio y el movimiento de las manos de aquella muger! ¿Que razones podrian exprimir con tanta energía y verdad la perturbacion de aquel ánimo? ¿A quien no moverá á compasion y á deleyte juntamente la muerte de Epaminondas en la batalla de Mantinéa! Cae herido de un flechazo: los médicos le dicen que espirará si le sacan la saéta. Pregunta entonces por su escudo, y respondénle que no se ha perdido: oido esto, se arranca él mismo el acero, para morir, aun en medio de tan gran dolor, con la loa y gloria de su buen ánimo. ¿Donde se hallarán palabras que con tanta brevedad y valentia re-

traten el esfuerzo, contento, y pundonor de un guerrero en tan deplorable trance?

En toda agitacion y lucha interior y exterior del ánimo de un orador que esfuerza sus razones con la accion y el gesto, nos revestimos, sin sentirlo, de sus afectos, que hacen callados mas impresion que pronunciados. Estos afectos son mas conocidos y visibles en las representaciones mímicas del teatro, en donde los expectadores padecen la misma inquietud del actor quando explica en sus ojos, semblante, y pasos, ya la ira, ya el dolor, ya la venganza, ya el temor, yá la desesperacion. La viveza y naturalidad del autor deben ser tales, que nadie pregunte: ¿qué dice ahora ese hombre? Es cierto que él no habla; pero todos leen lo que calla, esto es, cada uno allá dentro de su pecho, segun su grado de sentir, pone la letra, porque el diestro pantomímico hace inútiles las palabras; y todos le entienden, porque habla el idioma universal, el de todos los sentidos.

De aqui viene que la impresion de la escena muda es mas viva y profunda, porque no pudiendo el actor servirse del instrumento de la voz, tiene que apelar al sumo esfuerzo de la accion y del gesto para declarar, sin velo ni intérprete, su pasion. El expectador, que tampoco puede servirse del órgano del oido, tiene que avivar mas el de la vista, haciendo trabaxar las potencias todas para interpretar aquello mismo que está

viendo ; no de otra suerte que los ciegos, que ejercitan mas el oido y el tacto para suplir el oficio de los ojos. El efecto de la pantomima es mas sensible, porque en estas representaciones hacemos la obra á medias el expectador y el actor, si son imitaciones morales, las que á veces, sin consentimiento de nuestra razon, nos hacen tomar parte en los afectos agenos que nos remueven los nuestros. De aqui nace aquella ansia y fatiga, aunque deliciosa, que sentimos irresistiblemente en estas representaciones, cuya impresion es mas interna quanto es mas breve y concisa su expresion muda.

Por otra parte ¿quien puede dudar de que la eloquencia y la pintura no tengan un mismo principio y fundamento? ¿No vemos pinturas que nos hablan con mucha energia y laconismo? A la vista de un quadro ¿no nos alegramos, entristecemos, enternece, y horrorizamos? Publio Lucio Scipion, para memoria de la posteridad, colocó una tabla en el Capitolio, que representaba muy al vivo la batalla y victoria asiática : y cuéntase, que mirandola su hermano el Africano, se demudó y encendió todo en ira, y echó mano á la daga, quando vió como los enemigos llevaban preso á su hermano Lucio Paulo despues de la victoria de Perséo. Admirado Pandémo, pintor famoso, de ver una imagen de Jupiter Olimpico que Fidias habia entallado en marfil, preguntó al artista ¿de qué mo-

delo la habia sacado? Y respondiolo Fidias : de tres versos de Homero que dicen como Jupiter lo concedió *moviendo la cabeza blandamente, y sus dos negras cejas inclinando, con que hizo temblar todo el cielo.* Engrandecen mucho los intérpretes en este pasage la magestad y autoridad de Jupiter, que con solo casi baxar los ojos y cabeza manifestó su aprobacion y consentimiento : querendonos advertir que el pensamiento y mente divina con solo un movimiento de frente se da á entender. Mas, quando el mismo Homero habla de Juno, para guardar el decoro y diferencia en todo, dice de ella, en ocasion, de representarla en igual acto; *rodea con sus ojos todo el cielo,* como que le fuese menester mover todo el cuerpo, y no solas las cejas como Jupiter. Con esta eloquencia figurada consiguió Fidias que se dixese que solo él veía los dioses.

Y si en otras ocasiones no alcanza la misma pintura á expresar la vehemencia de un sentimiento, ¿que hará la rudeza de la lengua humana sino borrarlo? Cuéntase de Timantes que, habiendo pintado en una tabla el sacrificio de Ifigenia, hija de Menelao, y dibuxado al rededor de ella los deudos en gran manera tristes, y á la madre mucho mas triste; quando vino á querer dibuxar el rostro del padre, cubriólo de industria con un velo, para dar á entender que alli ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor.

En todas las naciones sabemos que la primera eloquencia fué la que habla á los sentidos : y de ella se sirvieron en tiempos mas cultos grandes varones para mostrar su autoridad y grandeza de ánimo en casos peligrosos, ó desesperados. ¡Qué viva y persuasiva fué la retórica de Mucio Scevola con los cartagineses, el qual, habiendo dado su embaxada en el senado ellos con ingenio y cautela púnica, le representaron dos tarjas ó tablillas : en la una estaba figurada la paz y en la otra la guerra, para que eligiese á su arbitrio lo que mas le pluguiese. Y él, echando manos de ambas, se las presentó despues dandoles á escoger. Con esta aguda y astuta respuesta desbarató la cautela contraria, advirtiendo que los romanos eran mayor potencia que sus enemigos. Yendo tambien Gneyo Pompilio, embaxador del Senado y pueblo romano, al Rey Antioco para que se apartase de la guerra con que molestaba á Tolomeo ; luego que llegó á su presencia le ofreció el rey la mano en señal de amistad, y él no quiso darle la suya, sino entregarle las cartas y decretos del Senado que, leídas por Antioco, dixo que cumpliría el consejo. Indignado Pompilio, hizo con la vara que traía un círculo en el suelo en rededor del Rey, amenazandole que no saldria de alli hasta haber dado respuesta al Senado si queria paz, ó guerra. Quebrantóle tanto el ánimo esta arrogancia, que luego respondió que estaba pronto á la obediencia

del Senado. Suele la conciencia de las buenas obras ser tenida en tanto cerca de los sabios y valerosos, que de sí misma se contenta, y no procura favor popular, ni consiente que le andemendigando. Confiado Scipion el Africano en ella, habiendole llamado para que ante el pueblo se descargase de la calumnia que le imponían de haber defraudado el erario en el despojo de Antioco ; se puso en pié, diciendo : *tal dia como hoy venci á Cartago, y será bien que en memoria de ello vamos todos á dar gracias á Jupiter.* Y siguiendole todo el pueblo, se fueron al Capitolio, dexando á los jueces con solo el acusador y el pregonero. En este hecho la accion y continente del acusado declaró y aumentó el alto sentido de las palabras.

Ya hemos dicho que el lugar, el concurso, las costumbres, y leyes de los pueblos ayudan mas ó menos á la eloquencia que arrebatando por los sentidos. Sabemos que en Grecia, antes de decir el orador el panegirico funebre de los guerreros que habian sacrificado su vida por la patria, se preparaba el ánimo de los oyentes por medio de un solemne y venerable aparato que hería y cautivaba los ojos del pueblo congregado al rededor de los muertos, sobre cuyos huesos esparcía guirnaldas de flores y arómas, y los acompañaba al tercero dia con pompa funeral al lugar de la sepultura.

En Roma tambien quando los varones principales de la república que debian algun dia

mandar los exercitos y regir las provincias, defendian la hacienda, la honra, y la vida de los ciudadanos en el foro ante el pueblo, y en presencia de los dioses Penátes, era necesario que el orador recurriese al encanto del espectáculo para salir victorioso. No siempre eran causas de intereses privados; á veces se mezclaba en ellos la causa pública. No eran solo personas particulares, de cuya suerte se trataba; tambien eran puestos en juicio Pretores, Qüestores, y Procónsules, demandados por diputados del Asia, ó del Africa, quexosos de sus desafueros.

Para conmover al pueblo, para enternecer á los jueces, se armaban los oradores con la elocuencia que hiera á los ojos, mas poderosa que la que capta los oidos; y entrando por aquellas dos puertas cosárias del alma, se enseñorea de ella. Allí se presentaban los reos, mudos, llorosos, y cubiertos de luto; los padres ancianos, pidiendo la restitucion de sus hijos, las mugeres y los huérfanos clamando amparo y favor. Se descubrian á la vista de los jueces las heridas de los guerreros que habian peleado por la patria. Otras veces los oradores, volviendose á las estatuas de los dioses patrios, ó á sus templos, imploraban su potencia y proteccion para que salvaran la inocencia, y alumbrasen con su alta inspiracion el entendimiento de los jueces. Y estas invocaciones, estos votos, estas patéticas representaciones, sostenidas con un espiritu eloqüente, y ani-

madadas con el acento del dolor, y á veces con el llanto, debian provocar á ternura y lágrimas á un gran pueblo congregado, esperando aquella piedad y conmiseracion que jamás los espíritus generosos y enternecidos negaron á los desdichados.

FIN.